

*POIÉSIS*

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## PSICOLOGÍA, CIUDAD Y ESPACIO PÚBLICO

Marco Alexis Salcedo<sup>1</sup>

### **Resumen**

El texto corresponde a una breve reflexión que pretende mostrar la importancia que puede tener para la psicología la temática de ciudad y espacio público; se desarrolla la discusión especialmente indicando algunas de las razones epistemológicas que han originado el poco interés de la psicología en estas temáticas.

¿Debe interesarse la psicología por una temática tan extraña a su campo disciplinar como es la ciudad y el espacio público? No se requiere conocer mucho de psicología para suponer que los psicólogos no estudian la ciudad, poco se preocupan por lo que ocurre en la calle en sí mismo, a menos, que eso que pase en la calle afecte emocionalmente a los sujetos, de modo tal que no puedan seguir el ritmo de su vida cotidiana. Los psicólogos son tradicionalmente conocidos por su rol de clínico, un rol que suelen desempeñar en consultorios, aislados del mundanal ruido de la calle. Además, el psicoanálisis, la tradición teórica más prestigiosa en la clínica, nos dice que los complejos que son los resortes de la subjetividad se configuran en la familia. Consecuente con lo anterior, si un sujeto no se comporta en la calle como la deontología dominante de una sociedad lo establece, lo primero que

---

<sup>1</sup> Psicólogo, licenciado en filosofía. Candidato a Maestría en filosofía de la ciencia, Universidad del Valle. Profesor medio tiempo universidad san buenaventura, Cali, Facultad de psicología. Investigador, en el grupo de Estéticas y socialidades urbanas, Universidad San Buenaventura, Cali. Proyecto de investigación, fase final ¿cómo educa la ciudad?

interroga el psicólogo es la familia: ¿habrá tenido ese sujeto una madre y un padre que se preocupara por él? ¿Le habrá sido transmitida por los responsables de su crianza una visión deformada de la realidad social? o ¿qué clase de eventos traumáticos habrá tenido en su niñez? Estas son las preguntas que se espera formule el psicólogo, de quien también se pretende pueda ofrecer formulas generales que impidan que los tipos de sujetos no deseados se repliquen en la sociedad. Entonces, ¿por qué interesarse por la calle, y por las experiencias que en ella cotidianamente acontecen, si lo supuestamente central en las vidas de las personas ocurre en las casas, en esos espacios vitales que suelen recrearse con insistencia en los sueños diarios de las personas?

Si se analiza en detalle el lugar común en que son ubicados los psicólogos se hallara que más allá de la multiplicidad de campos de acción de la disciplina, esta es fundamentalmente una profesión vestal, oficio que rinde culto a Vesta, la diosa romana del hogar. Somos, por decirlo en otros términos, especialistas del espacio privado. Esto es fácil de ilustrarlo en la psicología. De qué se ocupa el psicólogo sino de ese espacio privado virtual en el que habita la psique, ese “cubiculum” en el que el yo tiene su casa, una casa en la que su amo y señor era Dios, en los tiempos premodernos. Y si recordamos lo señalado líneas arriba, de que los complejos de la subjetividad son pensados como complejos familiares, la conclusión que se impone es que los psicólogos son primordialmente especialistas de la casa, de sus secretos, de los eventos que se tejen en ella, de las experiencias gratas o desagradables que se vivencian en su interior.

Desde luego, no se está ignorando las transformaciones que esta disciplina está teniendo en la actualidad. Las nuevas tendencias que están emergiendo, especialmente en la psicología social, permiten tratar temas como el de ciudad y o el del espacio público, elevando, además, a este último aspecto, a la categoría de una dimensión esencial para comprender los factores determinantes en la subjetividad individual y colectiva. Sin embargo, a pesar de dichos hechos indiscutibles, aun sigue siendo cierto que la “casa” es el paradigma disciplinario de esta profesión, verificable, aún más, con las

investigaciones que los colombianos han realizado sobre temáticas de espacio público, casi inexistentes en psicología.

Si se acepta este argumento de que la psicología ha sido primordialmente una especialización del espacio privado, entre otras disciplinas, y lamentablemente aún lo siguen siendo, habremos avanzado sustancialmente al punto al que quiero arribar, y con ello poder indicar porque ésta discusión, que parece banal y meramente academicista, no hace parte de las futilidades en que puede caer la comunidad científica. No es una banalidad este argumento porque esta filosofía vestal que descubrimos en la psicología, también la encontramos de base en las tradiciones ideológicas y sociales dominantes en nuestra cultura occidental. Llevamos 2.500 años de una forma de pensamiento que Michel Foucault llamó el “paradigma de lo interior” (FOUCAULT; 1988). Este paradigma supone una matriz de conceptos, privado/casa/familia/femenino/interior, que se afirma positivamente y en contra de otra matriz, publico/calle/sociedad/masculino/ exterior, que se apuntala negativamente. A mi entender, al tener presentes esta asociación de palabras, olvidada o negada hoy día, se obtienen esclarecimientos importantes que permiten explicar algunos de los estados de cosas que ocurren en nuestra sociedad.

El paradigma de lo privado y lo interior ha sido la referencia de verdad que desde hace miles de años ha operado en la cultura occidental, paradigma sintetizado en el viejo aforismo de San Agustín *in interiori homine habitat veritas*. Consecuente con lo anterior, llevamos 2.500 años de desprecio hacia lo público. Es casi una verdad de perogrullo, afirmar el carácter negativo que inherentemente tendría para el ciudadano común lo público, del mismo modo que lo ha tenido inherentemente la ciudad, al ser concebida como sede del mal. Sin menoscabo de cualquier utilidad que tendría lo público, se encontraría tan generalizada esta percepción, que nos atrevemos a anotar que sería una necesidad señalar lo contrario. Un simple ejercicio mental puede librar cualquier duda que se pueda crear al respecto. ¿Qué imagen viene a la mente cuando a la palabra mujer cuando se le agrega el epíteto de pública? ¿Cuánta credibilidad se le daría a las promesas y compromisos que haría un hombre de la vida pública -un político, por ejemplo-? ¿Qué virtudes adquiriría un niño que acostumbra pasar el tiempo en la calle? Prostituta, embustero y gamin o

delincuente son las palabras con las que están asociadas las respuestas de las anteriores preguntas. Estos resultados no dejan margen para equívocos al decir que lo público connota falsedad, vicio y engaño. Lo público carece de efectos positivos de verdad; lo que se acuerde o se realice ahí tiene el sentido de conspiración, cuestión que contrasta con lo que su contraparte cultural, lo privado, y aquello que lo representa, el *oikos* y sus ideales, viene a connotar: virtud, verdad y sinceridad. Lo reinante ha sido entonces lo que proviene de lo privado, lo perteneciente al fuero interno. El erotismo cultivado es el de la casa, y todo lo que la evoque, con su figura dominante, la madre.

Llegados a este punto, confiaremos en que ya tenemos los elementos suficientes para enunciar la tesis que finalmente quiero presentar. No se podrá positivizar el espacio público, no se podrá pensar una relación posible entre la psicología y la ciudad, no se podrá encontrar soluciones reales a las graves problemáticas sociales que se crean y recrean en las calles, no se podrá resolver la marginalidad creciente que padece un sector de la población colombiana, no se podrá mitigar el malestar general y creciente hacia la ciudad, a menos que se ponga una distancia considerable a esta filosofía vestal que ha vivido empotrada en nuestra cultura occidental. ¿Cómo podemos encontrar solución a los problemas que tiene la ciudad, cómo se pueden generar transformaciones importantes en la escenografía urbana, entendida como una reestructuración funcional de sus espacios físicos, si se deja la calle a fantasmas y delincuentes, corroborando de esa forma que esta es la sede de la maldad; si los hombres que llamamos virtuosos viven encerrados en las casas, y dudamos de la virtud o de la inteligencia de quienes gustan recorrer cotidianamente las calles? Es de intuir que los fenómenos sociales que se difunden rápidamente en la gran mayoría de las ciudades (la poca vida social que se registra en las calles en días festivos por el progresivo encerramiento en que caen los ciudadanos en sus casas, la violencia que se ha empotrado en las calles, el cercamiento de las casas y unidades residenciales con barreras protectoras, etc) sean de algún modo efectos de esta manera de concebir lo público y lo privado.

Este “poner una distancia considerable a la filosofía vestal” resulta urgente adoptarlo, dada la insistencia de recurrir a las metáforas domesticas

para pensar la realidad social (BRUNER, 1998) (en profesionales de las ciencias sociales se escucha decir, verbigracia, que la sociedad es una gran familia; que la ciudad es una casa, etc) y dado también el reiterativo discurso de los gobernantes de turno de afirmar que la eficiente ejecución de lo público solo se puede garantizar entregándolo a consorcios privados. Nuevamente es el ámbito de lo privado el que se muestra con el poder de positivizar lo que es objeto de desprecio natural para el ciudadano común.

Hay que resistirse al impulso, que por necesidad o por convicción intelectual, se crea de llevar el paradigma de lo interior, el paradigma de lo privado, al ámbito de lo público porque el ámbito privado no genera democracia, no genera libertad. Kant afirmó en su célebre texto de “¿qué es la ilustración?”, que el problema de la minoría de edad de los ciudadanos no radicaba en una falta de entendimiento. Es la falta de decisión y de valor de los hombres, dice Kant, para servirse de su entendimiento con independencia, sin la dirección de otros, la causa de esta condición. Por eso la máxima Kantiana reza *¡Sapere Aude!*, ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! En ese mismo texto de Kant, el filósofo alemán señaló que es en el ámbito público donde los hombres podrán adquirir ese ímpetu que los lleva a usar la razón para producir la ilustración. En esa esfera, los hombres pueden y deben ser libres siempre, a diferencia del ámbito privado donde “ciertamente no es permitido razonar, sino que se debe obedecer”

Para lograr la positivización del espacio público, se requiere defender los valores sin los cuales no es posible el ejercicio político de la distorsión que puede ocasionar la perspectiva ligada a los ideales del espacio privado. Los proyectos encaminados a promover la convivencia ciudadana y a crear de mecanismos de participación y democracia no pueden formularse esperando constituir un espacio público con un piso terso para quien lo pise. El suelo sobre el que se asienta lo público no es suave; es áspero, difícil, combativo e incierto. Y es aceptando esas circunstancias y no estigmatizándolas que se puede generar un agente político activo poseedor de competencias que lo facultan para participar y organizarse en conjunto con otros conciudadanos. Las intervenciones en el espacio público deben generar traseuntes: personas que están en tránsito (DELGADO, 1999), y por ello, dispuestas a enfrentar cualquier cosa. En síntesis, ciudadanos; sujetos políticos. Ninguna democracia

es posible si no existe el hombre de la calle, un ciudadano con enseñorio, en tanto que se encuentra guiado por este precepto: “*En la calle encontraras la virtud*”.

Ahora si se puede responder la pregunta con que se inició este texto. Por supuesto debe la psicología interesarse por temas de ciudad, y espacio público. La importancia académica del espacio público no reside únicamente en el valor que por sí mismos puedan tener los fenómenos que acontecen en el espacio público. Ciertamente pudiera enumerarse una cantidad de sucesos urbanos, que por su mera significancia social debería bastar para conminar a los investigadores de la psicología y de las otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas a pronunciarse al respecto. Obviando este aspecto de no menor importancia, es de recordar que las ciencias, a partir del estudio de un objeto específico, además de brindarnos una comprensión de la fenomenología que afecta cotidianamente a las personas, ofrecen igualmente escenarios epistémicos propicios para analizar la validez de los principios filosóficos que empleamos para aprehender epistémica y cognitivamente la realidad física y social. Ese el caso la ciudad y el espacio público, es un objeto de estudio que ofrece la posibilidad para evaluar y rebatir una serie de metateorías y posturas filosóficas dominantes en el contexto académico general, como también la de pensar las posibilidades que ofrece a la academia una visión política de la realidad social (FOUCAULT, 1997)

### **Bibliografía**

1. BRUNER, Jerome. (1998). Realidad mental y mundos posibles. Barcelona, España. Gedisa Editorial.
2. BORJA, Jordi y MUXI, Zaida. (2003). El Espacio Público: Ciudad Y Ciudadanía. España. Electa, Grupo Editor.
3. DELGADO, Manuel. (1999). El animal Público. Barcelona, España. Editorial Anagrama.
4. FOUCAULT, Michel. (1988). El pensamiento del afuera. Valencia, España. Pretextos.
5. FOUCAULT, Michel. (1997). “Verdad y Poder”. Artículo del texto Teorías de la verdad en el siglo XX. Editores Juan Antonio Nicolas y María José Frapolli. Madrid, España. Editorial tecnos. (1977).

6. KANT, Emmanuel. (1941). "¿qué es la ilustración?". En Filosofía de la historia, México. Fondo de Cultura Económica.